

El proceso de desintegración de la sociedad liberal, que fue la invención vanguardista del Uruguay, el espíritu en el cual se contempló hermośeado, no ha hecho sino acelerarse a lo largo de 1987. Todo indica que veremos —que padeceremos— instantánea verigiposada del proceso: debido de esas máscaras que ceden día a día asoman figuras donde hay ricos sordidos, rostros dolientes, gestulaciones violentas. Si entro en quiebra el legalismo, las tradiciones democráticas recibidas, la plena libertad de opinión e información, no nos extrañará que pase lo mismo con el civilismo y los demás temas de la cartilla escolar. Nada indica en cambio que esté próxima la emergencia de una nueva sociedad, con sus correspondientes nuevos ideales de vida y estructuras que los justifiquen, por múltiples razones, muchas nacionales y las más derivadas de la correlación internacional. Es la distancia entre ambos términos la que hace confuso y doloroso el presente, forma pueriles o mella efímeros generosos, excaraba la pugna interior. En tanto "las piletas de las gallos cavan buscando la aurora".

La gran apropiación de las élites intelectuales uruguayas en estos casi tres decenios transcurridos fue la apropiación de la conciencia crítica, que diagnosticó la realidad nacional, señaló una a una las grietas del edificio, reclamó en vano las ordenadas urgentes, a patir de la línea conceptual moral que condujo siendo sociológica y económica, en nivel adulto. Esa conciencia crítica, generada por una minoría lúcida, es hoy patrimonio de la mayoría, pero su vez ha sido desbordada por la propia realidad: parece vana la crítica cuando el estado se desmorona y los responsables de su custodia, los guardianes, sólo aspiran a guardarse. ¿Qué más decir que no está dicho y que no está probado hasta la náusea? La sociedad ha hecho suya una larga prédica, avanzando con dificultad hacia una verdad que se le escapaba o que le ocultaban, en el mismo momento en que las élites intelectuales están puestas a la creación de una conciencia revolucionaria. Perdida la esperanza en la recomposición del edificio existente, han encontrado el fin el verdadero punto de fricción con las generaciones anteriores merced al cual pueden enjuiciarse y establecer la propia autonomía, y encaran su acción en el campo cultural específico como la de patrones de esa conciencia revolucionaria.

Simultáneamente vive, en una versión grotesca, la "batalla de los ocos" el gran mito europeo: mientas un sector minoritario se ensaya a la tarea de hacer volar la Santa Bárbara, la única respuesta cultural que se ofrece es la presencia de una ola de frialdad, de vaciedad intelectual, de nadería o vulgaridad televisiva, tal como corresponden a quienes brindan tan frías y hoscosos vocando con desenfado: "comamos y bebamos porque mañana moriremos". Desde el golpe de estado terrista, cuyas causas han vuelto a proyectarse sobre nosotros, el país carece de cultura oficial, ni buena ni mala, y los intentos para instituir-la en la década de postguerra resultan sin indicios desde la actual perspectiva: parece vana la pólvora gastada en disparar contra ella. La única cultura viva del país fue la incomformista y crítica, creada independientemente, al margen del poder. Por lo mismo la polémica está instalada dentro de ella y de su reorientación cabe esperar que alcance crear, no de forma espontánea, figuras oficiales. Esta constancia no impide reconocer que la cultura crítica tiene a su alrededor una acañante, creciente corona

de mediocridad o venalidad, por cuyos integrantes, resentidos, expectantes y conscientes, está previsto en el futuro cercano un ocasional relumbrón. Como nada tienen que ver con el nuevo o verdadero, como sólo corresponden a la retórica del epigonismo, no podrán alcanzar su cuarto de hora en el escenario si no es a través del oficialismo. Pero no es más que un accidente, como el que ya se ha visto en otros países latinoamericanos donde siempre ha habido mediciones de la nacionalidad, hartos queidos de los maestros de las universidades arrastradas o a doctinar a la juventud en la recompra.

ALGUNOS intelectuales formados en la conciencia crítica llegaron a encarrar sin embargo una participación en el poder; conscientes, y ellos de veras, de la gravedad de la situación, de la necesidad de conciliar con sus fuerzas a la salvación de los principales valores sobre los que se había verificado la nacionalidad, hartos queidos de la aparente prescindencia con que se adjudicaba la actitud de oposición, decidieron contribuir a orientar la potestades mérguina del estado en materia cultural. Muchos pensaron que se equivocaban, que era tarde para esos ramietos, que en definitiva ellos sólo podían proponer la reactividad de la sociedad liberal —un suicidio—, pero nos resultaba a la vez evidente tanto su honestidad como su generosidad. La cadena de renuncias que se iba irrupiendo en la situación embosada (caso de la Comisión Municipal de Teatros), visieron a darnos tristemente la razón. Del mismo modo el enorme esfuerzo de fecundación y modificación que nos dio el CIDE y luego la Oficina de Planeación, apelando a la flor de la nueva inteligencia, en su colaboración, ha quedado en bambolla: un oscuro funcionamiento del FMI puede suplantarla aplicando la receta monetaria. Este fracaso, que no será el último porque los uruguayos son empégnicos, y son también generosos, ilustra la situación de la cultura nacional y es buena piedra para aguar el estilo.

Los sastres remendones que prosiguen su desvariantes empresa de coser los gacitados paños del traje parecen figuras de Charenton. Apenas sobrevivían a través de los instrumentos desmembrados del estado o los que con opulencia ofrecen los consorcios extranjeros, pero ya han visto el desmoronamiento estrepitoso del cuarto poder. Son víctimas de su propia maquinaria, pero más que nada del descrédito popular que han ganado bien porque qué irrupieron que haya vivido en el país diez años puede seguir creyendo en la retórica burocrática de los editoriales o en el escamoteo de la verdad que rompa los ojos. El país presenciará la deserción de otros intelectuales que, con buenas o con malas razones, emprenden el viaje al extranjero, cuando no pasan pacíficamente al servicio de los consorcios del exterior.

PERO ¿qué hacer? Si algún sentido conserva la manoseada fórmula "responsabilidad del intelectual" es este el momento de evidenciarla, porque la larga prédica de evidenciarla a un considerable sector de la población cuando esta palpó y sufrió los efectos del deterioro, cuando experimentó en su carne propia, con es la única manera de creer, la verdad de aquellos anáncos proféticos escalonados a lo largo de tres décadas. Y es ahora que ella se interroga: ¿cómo no ya en los penúltimos cinco años de antaño, sobre lo que debe hacerse. Los diversos aspectos de la vida cultural del año que aquí repasamos, desde la entrada

de la "protesta" al teatro y a la canción hasta el "boom" editorial, desde la demanda acrecida de análisis sociológicos e históricos hasta la exuberante discusión diaria sobre política, todo corresponde a nuestra hora, son índices de la existencia de un público adulto, en buena parte juvenil, que no sólo reclama y escucha sino juzga y quita acción. No que a su embargo, que esto se interpretara como una convalidación del pensamiento tradicional de la izquierda: si hay algo que sofoca es el verbalismo, la elementalidad y el convencionalismo de gran parte de esa izquierda, más extravaviada a veces que la derecha, porque ésta al menos sabe bien lo que quiere y va directamente a su fin.

Lo que está en juego es mucho más que los argumentos cañeriles con que se desgarran los grupos de la izquierda intelectual, donde llegan a alcanzar moda tesis tan exquisitas como la agravación fatal o voluntaria de las condiciones objetivas. Es nuestra ubicación en un mundo moderno a cuya zaga vamos quedando, cada día más distanciado de quienes edifican las condiciones de una cultura potente y eficaz, transformados en meros esprezores de los instrumentos, las ideas, las posibilidades económicas, las invenciones artísticas, que nos obligan a ser creativos en vías de alcanzar, forzados a entregar nuestras capacidades y fuerzas a la empresa de otros y contraído a la tarea sumisa de linar paldamesos, siempre a la cola, lo que ellos inventan para ellos. El nevolista que hace objetivismo a la francesa, y el plático que hace pop-art a la americana, y el sociólogo que copia el modelo Persons y el científico o el técnico que opera el instrumento comprado, son los prototipos de esa mentalidad que a su nos condena nuestro atraso creciente. No me parecen mejor, confieso, los tradicionalistas que creen que en el folklore o en la nostalgia de la música Arcadia encuentran un acento diferente y propio, porque todo eso también está ya industrializado para tablados con público extranjero marginándolo. La nacionalidad radica en la modernización, no refleja, sino auténtica, en la creación de los instrumentos propios de desarrollo, en el inmenso esfuerzo para edificar una sociedad dinámica que dé uso a las potencialidades evidentes y harto probadas de los hombres del país, y tenga clara vocación de futuro, sentido de la responsabilidad y del sacrificio que sólo se obtiene cuando el cuerpo social es una fuerza coherente con altas ambiciones.

Todo esto no es nuevo. Ha sido dicho, y aquí mismo, muchas veces. Es parte del esquema característico del pensamiento crítico, y subrepticamente se descomaba a la convicción que esas advertencias y llamadas serían atendidas por quienes detentaban las posibilidades ejecutivas y puestas en práctica para bien o para mal. Pero se sabe que ni fueron oídas ni aplicadas, ni hay quien, si no son los mismos que las expresaron, pueda hacer que las palabras se transformen en obras. Si, en efecto, esa conciencia deviene revolucionaria. La palabra es muy empleada. El senador Kennedy medulaba una vez, en un discurso, que la afirmación programática "Nosotros vivimos una revolución", pero aquí ocurre como con la lengua hablada de todos los días: cada comunidad se reconoce a través de ella, de sus inflexiones y giros peculiares, hallando así ese clima de familiar complicidad en que se sabe participar de una tarea colectiva. En la soñ, en la media palabra, en la omisión, el idioma se hace nuestro y nos sirve. Así también esa mágica palabra.

ANGEL RAMA